

vida, tu cuerpo esté sano, y los elementos morbosos vayan poco á poco desapareciendo, mediante la paz religiosa y el desarrollo de la poderosa vitalidad del espíritu católico. José, pues, tu celestial patrono, es la nube protectora que amortigua los ardores meridianos de la impiedad entronizada en el mundo. José no consentirá que llegue á enseñorearse también sobre tu suelo, por más desesperados esfuerzos que emplee para conseguirlo. Nada pudo la rabia sanguinaria del tirano Herodes para quitar la vida al Niño Dios encargado á la custodia de José; nada podrá tampoco la rabia de la secta, no menos sanguinaria é hipócrita que el tetrarca de Galilea, para arrancar la fe en Dios y su Iglesia del corazón del pueblo colombiano, porque tú, glorioso Patriarca, lo amparas y defiendes. ¡Ah! ¡no le niegues nunca tus favores! Tú comprendes harto mejor que nosotros, pobres ciegos, cuán precioso es ese don divino de la fe: ¿qué sería de Colombia si llegasen á perderla una gran parte de sus hijos? Tu mismo culto veríase proscrito, tus altares profanados, tus venerandas imágenes indignamente ultrajadas, lo mismo que las de tu querida Esposa y de tu Hijo benditísimo. Y ¿dejarás que tales excesos se realicen algún día? ¡Oh! no lo consentas, José bendito, por quien eres.

9. Yo me persuado, cristianos oyentes, de que, si la protección de San José, tan segura y poderosa en todas partes, como lo acreditan con voz unánime el cristianismo, la experiencia y la historia, ha de ser aquí también venero inagotable y manantial de beneficios espirituales y temporales, no será el menor de los bienes que otorgue á su favorecida Colombia el afianzamiento y la solidez de las actuales instituciones cristianas que rigen la República, merced á las cuales la Iglesia dis-

fruta de la libertad y demás prerrogativas que por derecho le corresponden, la enseñanza cristiana se desarrolla y difunde por doquiera, el orden público va echando raíces en los pueblos, la libertad, la verdadera libertad en la esfera del bien, en alianza con la justicia, florece en todas partes; la patria, en fin, va entrando, aunque á paso lento, por los caminos de la prosperidad. ¡Ah! ¡quiera el cielo conservar para Colombia tan preciados bienes! ¡quiera el cielo, por la poderosa mediación de San José, derramar torrentes de luz sobre todas las almas, á fin de que las ilusas reconozcan sus errores, las ciegas recobren la visión de las verdades sobrenaturales, y las que tienen la dicha de ver claro, los creyentes y piadosos, vean con tal claridad, que su fe se aproxime, cuanto es dable en este valle de tinieblas, á la visión beatífica de aquella morada felicísima de los vivientes y videntes! Así sea.

CONFERENCIA PANEGÍRICO-MORAL
EN LA FIESTA DE SAN ANTONIO DE PADUA
EN FAVOR DE LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA
(predicada en Bogotá, 1900).

De fructu operum tuorum satiabitur terra.
Del fruto de tus obras se hartará la tierra.
Ps. 103, 14.

Excelentísimo Señor¹:

1. Considero no ser pequeña gloria la de un hombre á quien pueden con verdad aplicarse palabras dichas en rigor de solo Dios. Pues tal es la gloria que cabe

¹ El Delegado Apostólico, Msr. Antonio Vico, arzobispo de Filipos.

el día de hoy al admirable San Antonio de Padua. De él puede decirse que del fruto que producen sus maravillosas obras, esto es, los prodigios con que cada día á manos llenas favorece á sus devotos, se alimentan y sostienen multitud de infortunados vivientes, á quienes la ingratitud de la tierra obliga á implorar el socorro del cielo. ¿Habéis calculado, señores, ya que no contado, por imposible, los millares de pobres desvalidos que deben actualmente la subsistencia y el bienestar al bendito Padre de los menesterosos, al taumaturgo del siglo XIII, al taumaturgo de todos los siglos, al Santo popular por excelencia? ¿Quién no conoce, siquiera de oídas, la asombrosa obra de «el Pan de San Antonio», que, nacida en Tolón, ha dado ya, con maravillosa rapidez, la vuelta al mundo? Y ¿quién que la conoce, nó sabe lo que esa obra, como todas las que tienen por alma la devoción á San Antonio, está haciendo en beneficio espiritual y temporal de toda la sociedad cristiana? Porque, como lo habréis admirado, por un artificio providencial encerrado en esa obra, no sólo se ven socorridos los pobres y favorecidos en sus pretensiones los devotos, sino que la fe cristiana, hoy por desgracia tan amortiguada en un sinnúmero de almas, va reviviendo y despertando palpablemente, excitada por el ejercicio de la caridad practicada en honor del Santo milagroso. De esta suerte se alimentan del fruto de las obras del taumaturgo de Padua, no sólo los cuerpos sino las almas, ni son menos favorecidos los ricos que los pobres.

2. Por lo que hace á esta culta y cristiana capital de Colombia, no es menos sensible aquí la influencia benéfica de San Antonio, ya que no son menos apremiantes las necesidades, ni menos ferviente la devoción

que aquí se le profesa. La obra llamada «Asociación del Niño Jesús en favor de la Infancia desamparada», hoy tan floreciente en Bogotá, bastaría para comprobarlo. Colocada bajo la protección de aquel grande amigo de la sagrada Familia, que tuvo la dicha de llevar en sus brazos á Jesús infante, ella ha experimentado, en los pocos años que cuenta de existencia, indubitables efectos de su protección. Á punto está, como tenéis entendido, de emprender obras de grande aliento, que darán á la institución más ensanche, y le prestarán un carácter de estabilidad y grandeza que hasta aquí no había conocido. ¡Bien por tan noble expansión de la caridad! ¡Loor á San Antonio y á los celosos promotores de su culto! Y, ya que aquí nos congrega en este día el deseo de glorificarle é inflamar al mismo tiempo nuestros corazones con la llama de la caridad, no hallaréis inoportuno ni extraño á una conferencia de este género, el que os presente al gran Santo como dechado de fe y caridad, los dos polos de la santidad cristiana, las dos virtudes absolutamente indispensables para quien pretende llevar á feliz término propósitos heroicos, como los miembros de la Asociación del Niño Jesús en favor de la desamparada niñez. Entremos en materia, previa la salutación á María nuestra Señora. *Ave María.*

I.

3. Empecemos por esa virtud que derrama tan bellos resplandores sobre el amable semblante del Santo de nuestros afectos, que inflama sus mejillas, que ilumina sus miradas, la caridad. Sí, cristianos, admirad ese amor apasionado de Antonio á los hombres, fruto nativo en él, como en todos los santos, de su apasionado amor á Cristo, al Hombre-Dios. Que Antonio amaba á Cristo,

pero con un ardor de serafín, dícelo á voces toda esa vida, más repleta de actos heroicos que de milagros, más que heroica, celestial y divina. Que Antonio vivía sólo para Cristo, como aquel que decía: *Mihi vivere Christus est*, publicarlo su temprana renunciación del mundo, á los quince años, á la edad de las frescas ilusiones, su retiro, sus austeridades, su oración extática en el claustro de Santa Cruz de Coímbra, y luego aquel anhelo del martirio que le obliga á cambiar el hábito de canónigo regular de San Agustín por el sayal de San Francisco, y á tomar en este traje el camino de Marruecos, codicioso, no de palmas y coronas, sino de tormentos y muerte arrostrados por Cristo. Pregonan en fin la caridad seráfica del hijo predilecto del Serafín de Asís, sus célebres correrías apostólicas á que hubo de consagrar el resto de su vida, discurriendo por Italia, España y Francia en busca de pecadores y herejes que reducir al camino de la salvación. Que si grande fué la sabiduría que desplegó en las cátedras y admirable la elocuencia de su predicación de fuego, mayor fué aún su celo de verdadero apóstol. Así pudo decir con San Pablo: *¿Quién será capaz de separarme del amor de Cristo? Ni la muerte, ni criatura alguna podrá apartarme de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús*².

4. Ahora bien, amor tan sublime, tan apasionado por Cristo, Dios y hombre, no podía dejar de producir en Antonio de Padua aquel otro amor, no menos ardoroso, con que estrechaba contra su corazón al prójimo, al hijo de Dios, al hermano de Cristo. Porque, si amar es darse todo á la persona amada, decidme, ¿qué reservó de todo su haber, y aun de sí mismo, que no diese y

¹ Phil. 1, 21.² Rom. 8, 35 sqq.

consagrarse á sus semejantes? Y, ya que, en el estado actual, el sacrificio es necesaria condición del amor, ¿qué sacrificios economizó jamás el Santo para hacer bien á los hombres, y todo el bien posible? Pero ¿á qué linaje de hombres con predilección, sino á aquellos en quienes más al vivo resplandecía la imagen de Cristo, del Hombre de Dolores¹, esto es, á los pobres, como más necesitados de los cuidados de la caridad? Como Jesús, decía Antonio más con obras que con palabras: «Venid á mí todos los que estáis agobiados de infortunios, que yo os aliviaré.»² Y, para aliviar la dura suerte de sus infortunados hermanos, prestábale Dios la llave de los tesoros de su omnipotencia, con que nada, ni las leyes inflexibles de la naturaleza, se resistía á su mandar. Dueño de las riquezas del cielo y armado con el poder de hacer toda clase de milagros, Antonio ejecutó sin medida las obras más heroicas de misericordia, atento á curar las almas sin desdeñar la salud de los cuerpos, pero más que todo solícito de salvar aquéllas del abismo de una perdición eterna. No intento, hermanos míos, seguirle paso á paso en esa carrera triunfal señalada con infinitos beneficios prodigados, no sólo á los individuos sino á los pueblos en masa, los que, ebrios de entusiasmo, le siguen y casi le adoran con delirio. ¿Qué extraño si lo mismo han hecho hasta hoy los siglos que le sucedieron? Mas no puedo dejar de detenerme para admirar por un momento aquellas entrañas de piedad con que se compadece nuestro Santo de los oprimidos ciudadanos de Padua y de Verona, víctimas por aquellos tiempos de la más monstruosa tiranía. Por libertarlos de su férreo yugo, expone la vida

¹ Is. 53, 3.² Matth. 11, 28.

ante un tirano del carácter del príncipe Ecelino. En esta maravillosa escena, en este triunfo del amor, no sabríamos qué admirar más, si el valor del héroe ó la caridad del Santo. Mas ¿no se explica el uno por la otra? ¿no es el amor el que torna heroínas á las madres de condición más débil? Pues con amor de madre amaba Antonio á sus hermanos en Cristo.

Por lo que hace á los niños, ¡oh! cómo me complace figurarme al joven fraile franciscano rodeado, seguido á todas partes, lo mismo que el divino Maestro, de ese enjambre bullicioso y festivo de rapaces que se deja arrastrar con irresistible impulso hacia el Padre, el Sacerdote, el obrador de maravillas. ¡Cómo le mirarían atónitos, sin pestañear, aquellos niños de Rímini cuando hacía que los peces asomasen la cabeza enfilados á la orilla del mar para escuchar su sermón! Y el Santo, que poseía en alto grado el espíritu de Cristo, ¡cuántas veces no diría á los que le rodeaban: «Dejad á los niños acercarse á mí...»¹ Dejados, que quiero instruirlos, acariciarlos, ampararlos. ¡Ah, cristianos! ¿cómo no había de amar con exquisita ternura á los pobrecitos niños, especialmente á los rudos, hambrientos y desarrapados aquella alma generosa, tan enamorada de quien por nosotros se hizo niño, y tiritó de frío en el pesebre, y lloró en la circuncisión, y padeció sustos, hambres y desvelos en la huida á Egipto, y de edad de doce años vagó, como huérfano desamparado y perdido, en el laberinto de las calles de Jerusalén? ¿Cómo no había de amar á los amados de Cristo el gran amor de Cristo, San Antonio? Pruébanlo á mayor abundamiento las lágrimas y sollozos de esos mismos pequeñuelos que,

¹ Luc. 18, 16.

al entender el fallecimiento de su padre, iban gritando por toda la ciudad de Padua: ¡Murió el Santo! ¡murió el Santo!

5. Pues bien, almas amantes del gran Santo, ahí tenéis el modelo de vuestra caridad para con el pobre desvalido, para con el hambriento y el desnudo; pero, en particular, para con esos niños huérfanos y desabrigados por quienes se afanan con laudable celo cien almas generosas, y para quienes han fundado entre nosotros y sostienen con heroico esfuerzo y cuantiosos donativos esa nunca bien alabada «obra del Niño Jesús en favor de la niñez desamparada». He aquí una obra de misericordia, digna del apoyo y eficaces simpatías, no sólo de los que se precian de cristianos, sino de cuantos alardean de benéficos. Porque, mirada solamente desde el punto de vista de la beneficencia y del patriotismo, pocas hallaréis que le disputen la primacía, dado que se trata de redimir de la miseria á una multitud de niños hijos de nuestra misma patria, nacidos en nuestro mismo suelo, y, al decir de quien lo sabe, «reducidos á condición más lastimosa que la de aquéllos de nuestros hermanos que vagan todavía en los bosques y están sentados en las sombras de la muerte»¹. Niños son éstos, dice otro atildado y juicioso escritor², «que viven en tal medio social (como acontece en casi todas las grandes poblaciones), desde que tienen ojos y orejas, que por lo que ven y oyen, deberán ineludiblemente adquirir instintos semejantes á los de los animales monteses...», y que, llegados á mayor edad y hechos ya reos de presidio, podrían probar con matemática evidencia «que

¹ «El Pan de San Antonio», Revista de Bogotá, núm. 2 y 3.

² J. M. M., art. de la misma Revista.

no han tenido motivo siquiera para maliciar que había ley de Dios, leyes humanas y preceptos morales, y que así no eran responsables de los actos que ejecutaran obedeciendo al instinto de la propia conservación».

Bien quisiera persuadirme, señores, de que este triste cuadro no es exacto; pero, obligado á creer lo contrario, por respeto á la pluma que lo traza, me digo á mí mismo: ¿Qué no debe hacer, no ya la caridad cristiana, sino la filantropía, el patriotismo, para conjurar mal tan grande y de tan graves consecuencias para la sociedad? Pues ¿qué daños no debe temer ésta del abandono de esa turba, cada vez más numerosa, de niños que se crían, mejor dicho, vegetan en la vagancia por el día y duermen por la noche á la intemperie, sin padres, sin hogar, sin un alma que mire por su suerte? ¿no son estos seres desgraciados una amenaza muy seria para el orden y la moralidad en lo porvenir, como son al presente un objeto de lástima y desazón para el público? Esto, mirado el caso con ojos de hombres y á la luz de la conveniencia social. ¿Qué será si lo miramos con ojos de cristianos y á la pura luz del evangelio? Por este aspecto bien pronto convendremos con la apreciable Revista ya citada, en que «no hay obra más hermosa ni más digna del celo de almas bien nacidas, que la que se propone llevar á cabo la Asociación de la Santa Infancia». En efecto, aquí no se trata solamente de socorrer una apremiante necesidad del momento, sino de conjurar un peligro de inminente perdición eterna. ¿Será posible, cristianos, que dejemos perderse tantos centenares de almas, pudiendo hacer algo, y mucho, para salvarlas? Que se perderán, no hay duda, porque esa falta absoluta de instrucción religiosa y moral y esos hábitos viciosos precozmente ad-

quiridos, no pueden conducirlos á otro paradero que al abismo del delito, y de allí fácilmente al de una muerte desastrada. Ya veis cuán dignos son de tierna solicitud para toda alma en que arde el amor de Jesucristo, esos pobrecitos niños reducidos á la orfandad, las más veces, por el crimen de esas guerras fratricidas que Dios confunda. No olvidemos las palabras de nuestro Salvador: *En verdad os digo que, cuanto hicisteis por uno de estos hermanos míos pequeñuelos, por mí lo hicisteis*¹. Así hablará á los escogidos el Rey y Juez eterno en aquel gran día de la cuenta universal. Hermanos suyos son, y los menores de todos; por consiguiente, los más queridos de su corazón: ¿no lo serán tiernamente de los que aman á Jesús, nuestro hermano mayor?

¡Aliento, pues, almas piadosas! ¡valor para llevar á cabo una empresa con tan felices auspicios comenzada, bajo la protección del glorioso San Antonio! Todo parece en la actualidad dispuesto por la mano de la Providencia para alentar los esfuerzos de la caridad en favor de esta grande obra. La organización definitiva de la Asociación, dirigida por sabios reglamentos bajo la alta dirección del Prelado diocesano; un selecto Consejo directivo, compuesto de virtuosos é ilustrados sacerdotes y otras personas caracterizadas por su piedad é inteligencia; el valioso concurso de los abnegados hijos de Don Bosco para la dirección interior, vigilancia paternal y enseñanza de los niños asilados; el decidido apoyo prestado á la obra por la merítisima Sociedad de San Vicente y por gran parte de la sociedad bogotana que contribuye con sus limosnas; el amparo celestial de San Antonio que os proporciona

¹ Matth. 25, 40.

con sus innumerables favores las más cuantiosas sumas que entran en las arcas de la Obra; y, para concluir, la feliz experiencia de cuatro años contados desde la apertura del Asilo de la infancia desamparada, y la satisfacción de los ya numerosos frutos recogidos: ¿no son éstos motivos bastantes para bendecir al Dios de las misericordias, y estímulos poderosos para proseguir con duplicado empeño la obra comenzada, y no parar hasta llevarla á su perfección, según los grandes planes noblemente concebidos y ya casi á punto de realizarse?

Grandiosa es ciertamente vuestra empresa; mas todo lo puede la palanca omnipotente de la caridad, apoyada en la eficacia de la fe. Seguid prestándome vuestra atención.

II.

6. La Obra de la infancia desamparada exige, sin duda alguna, el apoyo de la fe; pero ¡de qué fe tan viva y vigorosa! De la fe de los santos, de la fe de la Iglesia católica, de esa fe que es la raíz de donde brotan el tallo de la caridad y los frutos de las buenas obras. Es demasiado grande y generosa la obra que traéis entre manos para que pueda impulsarla, y mucho menos coronarla, móvil de carácter puramente humano, fuerza que no sea de orden divino y sobrenatural.

Y, á la verdad, ¿cuál otro sentimiento ó idea tendrían la energía suficiente para estimular la acción, y una acción tan firme y perseverante como esta obra la demanda? ¿qué atractivos pudiera ofrecer al amor propio, móvil ordinario de las acciones humanas, una labor diaria de suyo fatigosa y sin brillo, inadvertida para la mayor parte de las gentes del mundo, las que poco ó nada se preocupan con la suerte de esos infelices

huérfanos, y, por lo mismo, apenas prestan atención á los esfuerzos de los que se afanan por mejorarla? Por otra parte, dado que muchos contribuyan con el óbolo de sus limosnas, muy pocos serán los que concurren con algún sacrificio personal. ¡Ah, señoras cristianas que me escucháis! No es menester que yo os lo diga, que demasiado lo habéis palpado en vuestra larga carrera de beneficencia: muy débiles son los elementos con que podéis contar de parte del mundo moderno para la realización de vuestras caritativas empresas: porque no son frutos del espíritu del mundo la generosidad, la constancia, la verdadera abnegación. Ya decía el Apóstol en los primeros días de la Iglesia, hablando de los mismos cristianos: *Todos buscan su interés propio, no el de Jesucristo*¹. ¡Qué diría en las postrimerías del siglo XIX! Y sobre todo, ¡cuán rara es la constancia, aunque haya generosos arranques en los primeros momentos! Y estos ímpetus pasajeros no bastan, ciertamente, para obras como la de la Santa Infancia. Porque aquí cabe afirmar lo que advertía el mismo Salvador en casa del Fariseo: *Pauperes semper habetis vobiscum*². Esta necesidad de amparar á los pobres niños que ruedan por las calles, es de siempre entre nosotros, no de un día ni de un año; y, si la mano del rico se cansa de dar, y los recursos escasean, el asilo se cierra, la obra se paraliza y vienen al suelo las más bellas esperanzas concebidas. ¡Cuántas veces no nos lo ha dicho la experiencia!

Por esto al presente tratáis de dar consistencia y duración á vuestra obra, habiendo resuelto, sin arrearos por mil dificultades, nada menos que emprender

¹ Phil. 2, 21.

² Math. 26, 11.

la construcción de un local espacioso, cómodo y salubre en donde esos pobres niños, en el mayor número posible, vivan amparados de la miseria, recibiendo á la sombra de la religión católica, no sólo pasajeros socorros, sino el bien inmenso de la educación moral y del aprendizaje de un oficio honroso y lucrativo que les asegure para lo porvenir una decente subsistencia¹. Y, para llevar á cabo tan lisonjero proyecto en el término más corto posible, contáis ya con valiosos elementos acumulados por la mano de la caridad, y, lo que más es, con la bendición del cielo impartida á vuestra empresa por el representante de Dios en la primera Silla de la Iglesia colombiana.

7. Pero nada de esto os dispensa de contar ante todo con el espíritu de fe. Tened fe, y haréis prodigios. Porque, como dijo Jesucristo, *omnia possible sunt credenti*²: para el alma provista de fe viva y verdadera no hay cosa imposible, como no la hay para Aquel en quien la fe estriba y se apoya. La cuestión se reduce á poder creer, según se infiere de aquella palabra del Señor: «Si puedes creer»; lo cual significa que esto mismo no lo puede el hombre sin la luz y el auxilio del Espíritu Santo. Sólo este divino Espíritu, tan sabio como bueno, destinado á enseñar al hombre toda la verdad³, nos hace comprender el misterio de una Providencia que vela incesantemente por todas sus criaturas, sin olvidar al pajarillo que vale infinitamente menos que el más miserable de todos los hombres⁴. Sólo Él nos descubre con sorprendente claridad el valor de una alma formada á imagen de Dios

¹ Docum. ofic. de la Obra.

² Marc. 9, 22.

³ Io. 16, 13.

⁴ Matth. 10, 31.

y rescatada á precio de la sangre de un Dios-hombre, y por estos títulos tan apreciada de Dios mismo, que dice en tono amenazante: «¡Ay de aquel que me la robe! ¡Más le valiera ser arrojado al fondo del abismo!»¹ Sólo el Espíritu Santo nos hace descansar en la inviolable fidelidad de las promesas de Cristo, el cual nos asegura que un vaso de agua dado por su amor no quedará sin recompensa². Firme el alma cristiana en estas dulces convicciones, no vacila en acometer obras heroicas para gloria del Criador, honor de Jesucristo y felicidad de los hombres. ¡He ahí la fe que no zozobra jamás entre el vaivén de las humanas vicisitudes! ¡He ahí la fe de San Antonio! Miradle en su carrera de Apóstol, emprendiendo cosas al esfuerzo humano imposibles, como la reducción de redomados herejes, la conversión de ladrones y otros públicos facinerosos, la pacificación de pueblos perturbados por pasiones violentas, la reforma de las costumbres, la represión de los tiranos... Y ¿no admiráis el éxito prodigioso que obtiene el humilde franciscano? Pues todo debe atribuirse á su fe de gigante. Por eso fué capaz de trasladar montañas, de resucitar muertos. ¡Oh! si tal fuera nuestra fe, ¡de cuánto no seríamos capaces!

8. Lo seremos con la acendrada devoción á San Antonio. ¡No puede menos de inspirarnos gratísimo consuelo el ver cómo crece día por día entre nosotros el culto del Santo de los milagros, del que aquí, como en otras partes, ha tomado á su cargo el dar pan á centenares de niños, que sin él perecerían de hambre! Siguiendo á paso firme por esa senda luminosa, abierta por la Providencia á nuestro siglo, no dudemos que

¹ Matth. 18, 6.

² Marc. 9, 40.

la Obra de la Santa Infancia en favor de la orfandad desamparada, prosperará en Bogotá como en tantos otros países cristianos que se enorgullecen de poseerla floreciente.

¡Quiera el cielo, almas piadosas, que florezca siempre más esta devoción preciosa, tan calurosamente recomendada por el Vicario de Cristo, tan unánimemente bendecida por el episcopado, y hoy mismo acreditada aquí con la presencia del dignísimo representante de la Santa Sede! Así sea.

SERMONES VARIOS.